

Nombres propios

Rubén López: “42 años en el CIB”

Queridos compañeros:

“...la investigación biológica es quizá la actividad más costosa de la ciencia actual y uno de los lujos más caros del presupuesto de los Estados modernos. El capital que estos Estados dedican en todas partes a la investigación, no produce dividendos regulares, es decir, hallazgos fijos y normales; tal vez, ninguno, durante largo tiempo. Pero todo esto es aparente, digo, porque la verdadera característica de los estudios biológicos, es, que el tiempo que parecía perdido, resulta que se ha ganado en cuanto pasan algunos años...”

Estas palabras que acabo de leerlas pronunció hace casi 48 años D. Gregorio Marañón en el discurso inaugural del antiguo CIB de la calle de Velázquez que hemos abandonado hace apenas 2 años y medio. Su vigencia permanece intacta porque creo que difícilmente se encontrará un mejor pensamiento para encuadrar la dedicación que se precisa en biología para encarar el día a día del laboratorio y, además, encierran las razones más poderosas para premiar los muchos esfuerzos que se realizan a diario en la poyata. Hoy, hago míos los esclarecedores pensamientos del maestro para agradecer a los ponentes de estas jornadas que nos hagan partícipes de sus esfuerzos y de sus logros, que, sin duda, iluminarán una vez más sobre la irrenunciable vocación investigadora que ha marcado la trayectoria científica del Centro de Investigaciones Biológicas durante medio siglo.

Apenas, cinco años después de ese 8 de febrero de 1958 cuando don Gregorio aleccionara, como solía hacerlo, a sus oyentes, el que os habla se incorporaba como becario en el Instituto “Jaime Ferrán” de Microbiología, uno de los pilares fundacionales del CIB. Hoy, el grupo de amigos encargado de organizar estas jornadas, me ha pedido que haga una breve presentación para agradecer, como acabo de manifestar, a los conferenciantes, por compartir con nosotros su ciencia y su sabiduría y a los asistentes, por arroparnos con su interés por la ciencia.

Una reflexión serena me ha llevado a pensar que la deferencia que me han concedido los organizadores al invitarme a participar hoy en este foro podría reunir como único mérito personal el hecho de haberse difundido la noticia de que el próximo

10 de enero pongo un punto y final a mis 42 años de trabajo en el CIB, sólo interrumpidos por mis 4 años de estancias en centros extranjeros. Pero, ante el jubileo solo nos queda aceptar, al menos con cierta dignidad, ese designio implacable al que nos condiciona la biología e insistir

exclusivamente sobre este argumento solo me llevaría a situaciones que recordarían las coplas de un Jorge Manrique a la muerte de su padre, y ese sesgo literario, en tono menor, no encontraría una sintonía adecuada en esta sala. Es por eso, que un cierto toque de vanidad profesional me ha llevado al convencimiento de que el afán investigador que, durante tantos años, he desarrollado en esta mi casa, me facultan para hacer hoy algunas consideraciones sobre las referencias que han marcado mi trayectoria científica. Quiero pensar que esas referencias han propiciado los fundamentos para que fuera capaz de mantener trabajando de forma cohesionada y durante largo tiempo a un grupo de 4 ó 5 investigadores en plantilla en torno a un patógeno humano tan conocido como neumococo. Asimismo, albergó una cauta esperanza de que esta introspección pueda tener para vosotros un cierto interés instructivo.

Puedo resumir en tres los “mantras” que han servido, a lo largo del tiempo, para dar consistencia a nuestro grupo. Se trata de meditaciones materializadas como resultado de practicar una Ética situacional más que un plan rígidamente preestablecido:

1. El primero ha sido el saber rodearme de científicos que compartieran mi **pasión por la biología**. Esta es la tercera oportunidad a lo largo del último mes en que hago referencia, por diversas circunstancias, a una cita de Ernst Mayn quien nos iluminó al decir que *“ser biólogos, más que una profesión es elegir un estilo de vida”*. Al leerla por vez primera comprendí el por qué socialmente se nos suele ver en demasiadas oportunidades



como individuos algo indiferentes frente a los conductas que otras profesiones suelen marcar como socialmente correctas. No creo que esto sea cierto y mucho menos lo es la caricatura del científico que, con demasiada frecuencia, nos muestra el cine. Sucede simplemente que esa pasión por la biología nos lleva a incorporar entre nuestras normas de conducta el anteponer en nuestras vidas las virtudes sobre los bienes y esto marca un código de comportamiento que, con demasiada frecuencia, produce, una cierta incompreensión social. Sin embargo, siempre me ha preocupado la lectura negativa que los jóvenes licenciados pueden hacer, con razón, de ésta exigente norma de conducta cuando se incardina dentro de una sociedad científicamente inculta y soportando a una clase política que, tradicionalmente, sólo nos ofrece migajas para que le devolvamos milagros. Todo ello provoca deserciones entre los nuevos doctorandos que ven cómo aquellos compañeros que les precedieron unos años antes, con la razonable aspiración de adquirir el perfil de un profesional de la Ciencia y no el de un sacrificado misionero, después de años de doctorado y especialización fuera de nuestras fronteras, enfilando ya los 40 años, se ven obligados a apostar de la investigación en medio de la indiferencia de nuestras autoridades. Mientras no se subsane esta vergüenza institucional seguiremos dando vigencia al aserto de que “Investigar en España es llorar”, parafraseando a Larra una vez más.

2. La segunda referencia de nuestro trabajo ha sido los patrones que nos hemos marcado en el grupo sobre la orientación y la valoración de la producción científica. Volviendo nuevamente al citado discurso de Marañón, en su frase final ya advertía entonces sobre la necesidad de “habituarse al hombre de ciencia español a trabajar en equipo porque nada hay más anticientífico que el individualismo”. Sólo ahora, con el regreso de algunos destacados investigadores parece que se quiere poner en práctica este consejo del maestro. En este sentido os recomiendo reparar las recientes declaraciones de Massagué o de Fuster donde hablan de la imperiosa necesidad de tener grupos grandes y cohesionados. Más aún, esta obviedad ha sido incorporada apenas hace unos días al BOE, como formulación prioritaria, en la nueva convocatoria de Planes Nacionales.

Por eso apelo nuevamente a ese aserto implacable de Dürerant que nos recuerda: “*Dificiles tiempos los nuestros en que hay que explicar lo evidente*”, porque es un hecho históricamente contrastable que de acuerdo con las políticas científicas al uso (propiciadas tanto por las autoridades de turno como, en demasiadas ocasiones, por

nuestros propios compañeros) los grupos de más de 2 personas han sido considerados durante demasiado tiempo, como algo “poco recomendable”. Ocurría que el tener que compartir firmas en las publicaciones imponía una seria limitación para progresar profesionalmente según los patrones que han instruido durante demasiado tiempo aquellos que prefieren ignorar lo que debe ser la razón que impulse el progreso científico: la calidad del trabajo en sí mismo. Y, así, olvidan con demasiada frecuencia que: “*el arte es el yo, la ciencia el nosotros*” como nos dejara dicho Claude Bernard. No obstante, el tesón a la hora de perseverar en lo que creíamos más apropiado para nuestro trabajo, no ha impedido que esos compañeros que me han arropado durante tanto tiempo sean hoy científicos con excelentes *curricula* que han promocionado sus carreras de forma envidiable. Incluso, envidiable para mí por aquello de *Discipuli procter magister*, es decir los discípulos han superado con creces al maestro que nunca fui. Esta limitación funcional que he señalado debe ser corregida y va en paralelo con otro problema valorativo no menos grave y muy actual como es: la sacralización de los índices de impacto.

Resulta cansado y hasta insultante, recordar lo que realmente significan esos índices: valorar revistas, no trabajos. Uno de los tótem para aquellos que pontifican con el impacto, la revista *Nature*, denunciaba, mejor que nadie, en un reciente editorial la falacia de emplear estos métodos estadísticos como bien supremo: “*Comparar los IF de las revistas no tiene sentido (es inútil), por ejemplo, si sirven para cotejar disciplinas diferentes, sobre las cuales prevalecen desiguales prácticas de valoración. Pero mientras tanto tales comparaciones son aún usadas para juzgar el trabajo de los científicos*” y añadía: “... cuando estos índices caen en las manos de analistas no expertos en bibliometría el rigor en su uso se esfuma” (fin de la cita).

Para mí tengo que los muñidores de estas editoriales de *Nature* tienen ahora muy en cuenta los agravios de un pasado no muy lejano. En este sentido, la Microbiología nos proporciona un ejemplo paradigmático como ningún otro para ilustrar cómo los llamados *policy-shappers and decision makers*, por emplear los términos barbarizantes que tanto gusta, pueden hacernos caer en peligrosos errores conceptuales de consecuencias impredecibles. Así, se dijo, y, lo que es peor se practicó, por parte de un influyente sector de científicos que en los años 60 del pasado siglo XX marcaban las reglas del juego, que al disponer, desde los años 50, de esas “balas mágicas” que han sido los antibióticos, a la Microbiología solo le quedaría, en

adelante, el ocupar una página en la historia de la Biología. Hoy, los microorganismos, décadas después de que se predicara en esos foros la inutilidad de trabajar con ellos, no sólo continúan siendo la primera causa de muerte en el mundo sino que se han convertido en una novedosa fuente de conocimientos y en un caudal inagotable de aplicaciones técnicas y prácticas.

Si pese a los graves errores cometidos en el pasado, convertimos a los índices de citación en el nuevo vellocino de oro de la ciencia me temo que áreas como la microbiología, las ciencias agrarias y un largo etcétera correrán, una vez más, el peligro de despoblarse de buenos científicos y becarios al ser víctimas del empleo de criterios contrastados solo en apariencia, al medir, además, solo las citaciones de los 2 últimos años de nuestro trabajo. Pero la verdad científica, como no podía ser menos, es testaruda y por ello invita a una seria reflexión el hecho de que este año el premio Nobel de "Medicina y Fisiología" lo compartan dos microbiólogos a los que a tenor del impacto de la mayoría de las revistas en que se vieron obligados a publicar sus hallazgos sobre *Helicobacter pylori*, nunca les hubieran otorgado en nuestro país ni proyecto ni becarío, si se insiste en aplicar esta nueva forma de semiótica pseudocientífica en perjuicio de una perspectiva científica que alimente un valor duradero. Recordemos, con U. Eco, que: "*Lo que (se publica) no se ha hecho para que creamos lo que dice, sino para que lo analicemos*" y eso es lo que se espera de los científicos honestos: que sepan arbitrar sus propios criterios de valor.

3. Finalmente, y este es nuestro último "mantra", siempre he reclamado para nuestro trabajo la complicidad de la Sociedad y éste ha sido y será, ya jubilado, mi tercer caballo de batalla: Insistir en **la obligación que como científicos tenemos contraída hacia el hombre de la calle**. En el tan citado discurso de Marañón, del que he hecho, como no podía ser menos, el *leit motif* de esta presentación, el maestro terminaba su parlamento llamando a la ciencia "la religión de la verdad". No es el momento de analizar esta contundente afir-

mación pero creo que por razones que están en la mente de los presentes, tenemos que desarrollar nuestro trabajo dentro de una sociedad que arrastra siglos de ignorancia científica. Y, es por ello, que resulta imperativo el que hagamos un esfuerzo intelectual para incorporar la ciencia a los nobles, pero aún limitados, logros del pensamiento humano. Reconozcamos, con pensadores como mi maestro el profesor Mayor Zaragoza, que es plausible, por vez primera, enfrentarse a los grandes problemas de la humanidad con una visión científica. Creamos, una vez más, en la utopía, y confiemos en que esa aportación integradora de la Ciencia contribuya con nuevos elementos a establecer barreras culturales que eviten que los arteños intereses de unos pocos sigan fundamentándose en la esclavitud intelectual y material del resto de los seres humanos. La ciencia necesita ser divulgada, aunque su comprensión requiera, sin duda, un esfuerzo de inspiración que nos lleve a usarla como bandera de agitación social y quizás ese empeño lo haya actualizado mejor que nadie, con su agresivo optimismo, Lynn Margulis al afirmar que: "*Hoy, sólo la ciencia es noticia, lo demás es cotilleo*". Estoy convencido de que el conocimiento científico aportaría prudencia a la vida pública, al menos en aquellos países ya capacitados intelectualmente, merced a la herencia que les legó la Ilustración, para incorporar a la Historia de la Humanidad las experiencias generadas por la Biología Evolutiva, y así, saber discernir "lo que es bueno o malo para seguirlo o huir de ello". Tal vez, en este planteamiento esté la base del diseño del nuevo orden mundial que se precisa construir. En cualquier caso, para iniciarnos en este novedoso, y sin duda difícil, objetivo hagamos cómplices del mismo al ciudadano medio llevando a su mente, con la tenacidad que caracteriza a los buenos científicos, que deben integrar en sus vidas ese imperecedero consejo de Kant que reza: *Sapere aude*, es decir, "atrévete a pensar (¿saber?)".

Rubén López